

NEW LEFT REVIEW 127

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO-ABRIL 2021

EDITORIAL

EQUIPO EDITORIAL DE LA NLR Sobre *Sidecar* 7

ARTÍCULOS

DYLAN RILEY El limbo del confinamiento 11

CIGAN TUĞAL Turquía en sus encrucijadas 27

ALEXANDER ZEVIN ¿Un Proudhon para posmodernos? 61

CLAIRE DEBUCQUOIS Manos manchadas de sangre 87

NANCY FRASER Los climas del capital 101

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Metáforas en funcionamiento 139

OLIVER EAGLETON Después de Corbyn 148

JACOB COLLINS Colisión de partículas 161

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
d traficantes de sueños



DYLAN RILEY

EL LIMBO DEL CONFINAMIENTO

Marzo de 2020-febrero de 2021

● QUÉ ES EL «aislamiento» social, el distanciamiento o la cuarentena? Es una paradoja: el aislamiento es un fenómeno irreductiblemente colectivo. Esto es así en dos sentidos. En primer lugar, el aislamiento depende de una vasta red de trabajo cooperativo que lo hace posible. Los productos continúan llegando a nuestra puerta producidos en campos y fábricas, empaquetados en almacenes, descargados en supermercados y finalmente entregados por el servicio postal y repartidores conectados a teléfonos móviles. Solamente este trabajo colectivo es lo que nos permite «aislarnos». Por ello, el aislamiento es tanto una expresión de la división del trabajo social, como un fenómeno racial y de clase, que se apoya en determinadas condiciones materiales: suficientes recursos, seguridad en los ingresos e independencia del trabajo. Aquí no hay espacio para el moralismo.

El «aislamiento social» también tiene una dimensión experiencial. Estar aislado entre otras personas aisladas es una experiencia totalmente diferente a la de estar aislado entre personas que no lo están. El aislamiento no es el estado de estar solo. Aislarse es participar en una experiencia que es totalmente común. Paradójicamente, me siento más conectado a amigos, a la familia y a los seres queridos aunque sea a través de la mediación de la tecnología. (¿Pero es tan decisiva la tecnología? Sin duda las videoconferencias están bien, permiten la recreación en el ciberespacio de toda una vida social. Pero, si solamente tuviéramos teléfonos o el correo, ¿habría mucha diferencia?). Estar aislado mientras los demás están conectados sería horrible. La nuestra es una clase diferente de experiencia. El aislamiento es una forma de comportamiento de grupo; estar aislado es formar parte de una colectividad. ¿Podría haber una política del «aislamiento»?

El aislamiento también es una expresión de comunidad y de cuidado por la comunidad. «Lo mejor que puedes hacer por tu país es quedarte en casa», pide la prensa liberal. De ese modo convierte el aislamiento en una inversión. La sociabilidad se vuelve expresión de un individualismo patológico, de negligencia y de egoísmo. El aislamiento se convierte en un deber patriótico. (Aunque demasiado a menudo se nieguen sus precondiciones materiales).

2

Pasear. Hegel enseñaba que, en el Estado moderno, la persona llega a reconocerse a sí misma como ciudadano al reconocer la ciudadanía de todos los demás miembros en la comunidad política. La ciudadanía es, por lo tanto, una estructura-espejo de reconocimiento mutuo. Sin embargo, el coronavirus impone una nueva estructura de reconocimiento. El fenómeno es evidente incluso en la actividad más mundana: dar un paseo. Los paseantes, ya sean pequeños grupos cohabitantes o personas individuales, mantienen cuidadosamente las distancias orientándose en relación a los demás paseantes. Si pudieran registrarse sus caminos, formarían una elaborada red de trenzas que cruzan una y otra vez las calles. Pero, ¿qué estructura de reconocimiento es esta, producto del distanciamiento ambulante de un paseo en la era del coronavirus? En primer lugar, ciertamente, es una estructura de reconocimiento. En esta situación, los paseantes están mucho más pendientes los unos de los otros que en una situación normal. El paseante solitario, individual y despreocupado de la era anterior al virus ya no se encuentra en ninguna parte. Ahora son paseantes cuya dispersión está mutuamente coordinada por un sostenido esfuerzo colectivo. Pero, ¿qué ve cada paseante o grupo de paseantes en los demás paseantes? Algo muy simple: una amenaza de muerte. Cada uno de ellos es un potencial vector de enfermedad. Pero, en homología con la estructura-espejo de la ciudadanía, al ver a los demás como un vector, cada paseante se ve a sí mismo como un vector. El reconocimiento mutuo no es el reconocimiento de un estatus político sino de un estatus biológico y, como tal, también es completamente universal. Como consecuencia de ello, el virus, al poner de relieve este estatus común totalmente universal, también vuelve absurdas todas las instituciones que confinarían, limitarían el movimiento o forzarían el contacto. ¿Cómo pueden justificarse la prisión, la frontera, la cadena de montaje, el almacén de Amazon, en una era que nos obliga a afrontar la universalidad de la condición humana como incubadora de virus?

Soma. ¿Puede ser la salud una mercancía? En Estados Unidos todo «servicio» tiene su precio. Conceptualmente, la provisión de asistencia sanitaria en este sistema está concebida de la misma manera en que las cafeterías-restaurantes en boga de las décadas de 1970 ponían precio y entregaban la comida. (Todavía recuerdo con añoranza el sabor ligeramente pastoso del puré de patatas de las cafeterías de la cadena «Blue Boar», cuyo sabor nunca se podía alcanzar en casa con unas patatas naturales). En cualquier caso, el médico es conceptualmente un «camarero» que ofrece al cliente un artículo determinado. El paciente/consumidor soberano puede elegir entonces entre las distintas opciones: ¿le gustaría tener un equipo de enfermería con su quimioterapia? Siempre está bien completar el tratamiento con una ayuda extra de asesoramiento nutricional. Tenemos dos tratamientos diferentes que usted puede seguir: usted es libre de elegir, igual que es libre para elegir pollo, filete o pescado en el restaurante. Pero, por supuesto, la forma mercancía es totalmente inapropiada para el «servicio» que se ofrece: la salud. ¿Por qué?

Obviamente, ante todo, es preciso señalar que, en el contexto de la atención médica, el «paciente/ consumidor» es esencialmente un ignorante que se encuentra en una posición de profano frente a los expertos. Todo esto se oculta bajo un lenguaje falsamente común de «empoderamiento», que insta al paciente a «hacerse cargo» de su propio cuidado. Pero la razón por la que los pacientes buscan asistencia es que los médicos, enfermeros y especialistas son *expertos*: no están ofreciendo «servicios». En vez de ello, se presupone que se hallan en posición de determinar qué «servicios» tienen una utilidad real para el paciente. Sin embargo, la forma mercancía socava la relación experto/paciente estableciendo una falsa soberanía de los pacientes. (Inevitablemente ello se halla fortalecido por la ubicua encuesta de satisfacción del consumidor: ¿Disfrutó usted de su experiencia quirúrgica?). El extenso aparato de la asistencia sanitaria en Estados Unidos se basa en la ficción del paciente como consumidor soberano: la realidad es de ansiedad y desconcierto.

El segundo problema que plantea la forma mercancía es que los «servicios» sanitarios violan el concepto de utilidad marginal. No hay ninguna razón para pensar que, finalmente, la «utilidad» de una unidad adicional de asistencia sanitaria descenderá a medida que aumente el número total de unidades de asistencia. Esto se debe a que en este caso la «utilidad»

no es una acumulación cuantitativa, sino un estado cualitativo: *la salud*. Este estado no puede reducirse a cualquier serie de unidades fungibles, lo cual explica –dicho sea de paso– que el dicho de que «la salud es riqueza» sea absolutamente falso.

El tercer problema es que la provisión de asistencia sanitaria no puede describirse mediante una curva de indiferencia: dos cirugías a corazón abierto y una apendicetomía no pueden sustituirse por un trasplante de riñón y una eliminación de cataratas. La asistencia sanitaria solamente tiene sentido en relación con una *enfermedad específica* y está dirigida a devolver a su receptor a un estado específico.

4

Los ricos. Las pegatinas para los coches algunas veces resumen el conjunto de una situación política. Vista ayer en las colinas de Oakland: «Gravar a los ultrarricos», pegada sobre un SUV último modelo de Audi. La entidad patrocinadora de la misma era la campaña de Elizabeth Warren. La extrema dispersión de la riqueza y los ingresos en la cima de la distribución lleva a esta clase de cosas. Por ello no se pide «Gravar a los ricos», o incluso, «Gravar a los muy ricos», sino «Gravar a los ultrarricos». ¿A los ultrarricos? Presumiblemente esta categoría no incluye a los dueños de Audis, que viven en las colinas de Oakland. El eslogan ejemplifica la debilidad del «progresismo» estadounidense; su coalición social se basa principalmente en una clase media alta que tenemos que suponer que apuesta realmente por hacer tributar a los «ultras», pero que tendría poco interés en hacer recaer mayores cargas tributarias sobre sí misma. La coalición política del actual Partido Demócrata depende de generar los suficientes ingresos fiscales para conservar la base inferior de la alianza al mismo tiempo que *nunca* se sobrepasen los límites de la superior. «Ultra» muestra claramente ese límite.

5

Futuros anteriores. Dos cesuras dividieron el pasado año en un antes y un después en lo que parece una brecha insalvable. La primera se produjo el 11 de marzo de 2020, el día anterior al cumpleaños de mi mujer, cuando tomamos la decisión final de salir hacia Napa y empezó la pandemia para nuestra familia. La segunda fue el 24 de agosto, cuando nuestra

familia se vio sacudida por devastadoras noticias médicas. El pasado muy reciente se hace sentir a la vez muy cercano e inaccesiblemente lejano. El pasado de las rutinas normales como conducir para ir a dar clase, asistir a reuniones de evaluación, ir a la universidad, etcétera, ha desaparecido. Más dolorosamente ha desaparecido el futuro de ese pasado. ¿Qué queda delante de nosotros? Eso me corroe incesantemente. Ya no forma parte del horizonte de un proyecto. El consejo que he recibido, que parece razonable, es vivir el presente, encarar el tiempo de una manera nueva. Pero el problema es que el futuro es una parte tan grande de lo que es el presente o el ahora que es imposible seguir el consejo.

6

Pequeña burguesía. Entre los muchos procesos económicos que se desarrollan en la actualidad, hay uno que parece especialmente importante: la agonía de la pequeña burguesía. Mi hijo y yo tuvimos una interesante conversación con el propietario de una tienda, una persona de origen tibetano. Lamentaba la corrupción que rodeaba a las modalidades de distribución de la ayuda gubernamental a través del «Programa de Protección de los Ingresos». Había intentado solicitar un préstamo, pero su banco ni siquiera podía explicarle cómo rellenar los impresos. Sin embargo, también denunciaba la inconsistencia de las normas para permanecer en casa, que se aplicaban en California. Hablaba de un amigo suyo que tenía un restaurante y que se había gastado miles de dólares para poner mesas en la calle y en comprar calentadores; la inversión fue una pérdida total, ya que el restaurante se había visto obligado a cerrar de nuevo a los pocos días de haber abierto. Claramente, las posiciones políticas de este grupo, propietarios de pequeños comercios y restaurantes, serán decisivas en el periodo que se avecina. La pequeña burguesía se siente asfixiada entre los peces gordos bien conectados, que se ven respaldados por el gobierno federal, y las medidas de sanidad pública, que amenazan su supervivencia económica. Hará falta una gran inteligencia política para evitar que este grupo se radicalice hacia la derecha.

7

El Capitolio. La «insurrección» de hace tres días (escribo esto el 9 de enero) ha desatado entre otras cosas una «lucha de clasificación». ¿Qué son los participantes: «terroristas», «manifestantes», «patriotas», «una turba»?

Estos términos no son solo descriptores, son también armas en la lucha política. ¿Qué puede decirse sobre esto más allá del sobresaturado análisis que se ha producido en los medios de comunicación? Las observaciones que hago a continuación están principalmente basadas en un vídeo de treinta minutos realizado por uno de los participantes y que resulta un documento histórico instantáneo. Puede ser útil comenzar efectuando un compendio de la descripción que realiza la prensa predominante. En esencia dice que «la turba» estaba formada por supremacistas blancos que intentaban acabar con la democracia. Como evidencia, los periodistas señalan la presencia en la multitud de neonazis y confederados nostálgicos, así como su composición abrumadoramente blanca.

Pero esta descripción presenta problemas. Sorprendentemente la multitud incorporaba a unas cuantas personas de color, no era homogéneamente blanca. Más importante todavía es que la demanda básica de los «insurrectos» era rectificar unas elecciones robadas. Esto se unía con la afirmación de que el Capitolio es «nuestro» y que el actual régimen de representación está dominado por las «noticias falsas». Por lo que yo se –quizá mayores evidencias podrían matizar este juicio– las demandas explícitamente expresadas en términos supremacistas blancos fueron inusuales. ¿Qué pensar de todo esto? La cuestión es que desde su propio punto de vista, los ocupantes eran demócratas con minúsculas actuando como jeffersonianos asesinos de tiranos. Consideraban al Capitolio como una inicua madriguera de corrupción. ¿Están equivocados?

Otra cuestión que los medios de comunicación han planteado, y que incluso Biden ha recogido, es la comparación entre el trato dado a los manifestantes del Capitolio y a los de Black Lives Matter en Lafayette Square durante el pasado verano. Diversas celebridades y personalidades de los medios de comunicación han llamado la atención sobre la actitud de la policía hacia las multitudes racialmente diversas de Lafayette Square y la mostrada hacia la multitud mayormente blanca y de más edad del Capitolio. La conclusión que comparte la mayoría es que la actitud de la policía también es una manifestación de la supremacía blanca. Pero aquí hace falta un análisis más detallado. *Le forze dell'ordine* nunca tratan simétricamente a los manifestantes de izquierda y de derecha. Esto se debe a que la policía representa, entre otras cosas, una específica cristalización del poder de clase; no son una tercera parte que esté por encima de la contienda. Los izquierdistas o progresistas deberían tener esto claro en vez de fingir indignación y sorpresa.

En un análisis más detallado, las multitudes que invadieron el Capitolio estaban sociológicamente más cerca de algunos policías que los manifestantes de BLM: racialmente, ocupacionalmente, educativamente. Esa proximidad también encontraba expresión en la simbología de los manifestantes: cánticos patrióticos, docenas de banderas americanas diversamente embellecidas, la bandera jeffersoniana junto a un surtido de banderas confederadas. Todo esto no era sino la banal parafernalia decorativa del nacionalismo estadounidense. Estos símbolos, que claramente tienen el efecto de desarmar mentalmente a la policía, nunca podrían volverse los símbolos dominantes de una protesta de BLM. Por último, una reflexión final que pocos han señalado, pero que resulta evidente al escuchar lo que decían los manifestantes. La definición más común del enemigo que hacían los «insurrectos» era el «socialismo», algunas veces mezclado con el «comunismo» y el marxismo. Resulta llamativo que siempre que la derecha radical busca definir a su contrario, surgen esas palabras. Quizá sea importante tomarse en serio la propia definición de los derechistas en vez de tratarla como una tapadera de cualquier otra cosa.

8

El centro. La historia de Italia es un inagotable repositorio de ejemplos y analogías aplicables a grandes rasgos a la política de las sociedades capitalistas. Una de ellas, que puede ser útil para el periodo que viene, es el *centrismo*: un término acuñado por los politólogos para describir la compleja política de coaliciones llevada a cabo por la Democrazia Cristiana italiana durante el periodo posterior a 1948, cuando los comunistas habían sido definitivamente excluidos del gobierno nacional. Durante esas décadas, hasta 1976, Italia se consolidó como una república congelada. Aunque había elecciones solamente había un partido que podía ocupar el poder a escala nacional (la DC). Toda la estructura estaba orientada a mantener al PCI fuera del mismo, ya que tanto la elite política italiana como, quizá más importante, Estados Unidos, no lo consideraban adecuado como partido de gobierno. Los acontecimientos del 6 de enero de 2021 en Estados Unidos pueden abrir una oportunidad para que el Partido Demócrata desarrolle una política similar frente a los Republicanos. ¿Qué significaría eso?

El Partido Demócrata se consolidaría como una vasta coalición que abarcaría desde el Democratic Socialists of America (DSA) a los Republicanos del Lincoln Project. Las diferentes corrientes se mantendrían unidas por el programa relativamente vago de la «democracia multirracial», ofrecido como alternativa a la muchedumbre del «*Make America Great Again*». El residuo radicalizado del Partido Republicano dirigiría sus baluartes en los estados republicanos de las llanuras y del alto sur prácticamente sin oposición a escala local: una analogía invertida con la «Emilia roja». (El sur profundo, el viejo cinturón del algodón, está cambiando rápidamente y con toda probabilidad no durará mucho tiempo como baluarte republicano). El centro de gravedad económico del Partido Demócrata se desplazaría más hacia la derecha intentando capturar votos en las áreas suburbana, ricas cada vez con mayor éxito. El resultado del *centrismo all'americana* sería disminuir mucho las perspectivas electorales de los Republicanos y al mismo tiempo anestesiar con cloroformo a la joven izquierda del DSA. Pero hay un problema. El éxito de la coalición de la DC estuvo basado en última instancia en el «milagro económico» de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Biden llega al poder en medio de una lucha ferozmente intensa sobre la distribución caracterizada además por un crecimiento lento. También hay una diferencia personal: Scranton Joe (Joe Biden) no es Alcide De Gasperi.

9

Clase. El tedioso debate sobre si la clase o la raza es el factor más importante para entender la política en Estados Unidos, se prolonga con poca claridad o sin aparente resolución. Por parte de los neokautskyanos escuchamos la afirmación de que una apelación a los intereses económicos de los trabajadores (nunca conceptualmente especificados) siempre triunfará frente a las apelaciones culturales a la blanquitud racial. Esta gente dice que, desafortunadamente, el Partido Demócrata, ya sea por su estupidez o por su cobardía, nunca recurre suficientemente a esta apelación y por ello sabotea repetidamente sus intereses electorales. Por otra parte, oímos que la política en Estados Unidos siempre ha girado en torno a «la raza» y que la derecha estadounidense, especialmente, se fundamenta en la apelación a la supremacía blanca. Cada bando de esta lucha tiene su ciencia social: los estudios académicos que pretenden demostrar que la clase o la raza son la clave para entender la base electoral de Trump.

¿Pero qué son las clases? ¿Qué son las razas? Estas cuestiones conceptuales básicas quedan en el lodazal cognitivo de la jerga política cotidiana. Las clases se identifican normalmente con algo económico, en última instancia con grupos de ingresos. (De ahí la observación, común entre los progresistas, de que los votantes de Trump tienen unos ingresos medios más elevados que sus contrapartes demócratas y que por ello el trumpismo no puede tener una base en la clase trabajadora; esta afirmación se fundamenta en la confusión entre los ingresos y la posición de clase de manera que, por ejemplo, los profesionales jóvenes pueden aparecer más como «clase trabajadora» que los trabajadores industriales de mediana edad). Las razas, por el contrario, están más relacionadas con la cultura y la identidad. Pero ambas formulaciones de estos conceptos resultan inadecuadas. La clase, comprendida como el campo magnético subyacente de la política, puede organizarse de diferentes maneras en el ámbito de la sociedad civil, el «primer nivel de la superestructura» como diría Gramsci. Dos de ellas tienen una particular importancia. La lucha de clases puede organizarse como lucha entre coaliciones de posiciones de mercado, las cuales mostrarán una fuerte tendencia a consolidarse como «razas» –por ejemplo, los trabajadores y capitalistas del norte que en el siglo XIX se unieron en un bloque nativista blanco contra la competencia de bienes y personas extranjeros–, pero también puede asumir otras formas como la afinidad religiosa (y así sucedió en la coalición de la Democrazia Cristiana en Italia) o como la identidad nacional o regional. Alternativamente, la lucha de clases puede organizarse como un conflicto entre posiciones antagónicas en las relaciones de explotación.

Una conclusión importante es que la raza –lejos de ser una alternativa a la clase o una «dimensión» transversal– es una manera posible, de hecho probable, de organizar la lucha de clases a escala de la sociedad civil. Como sucede siempre en este tipo de debates, la formulación correcta debe romper con la inmediatez de los términos en que se plantea la discusión. Así, si se verifica que la identidad racial explica un aspecto de la política, la siguiente cuestión debe ser siempre, «¿por qué la lucha de clases toma la forma de una lucha entre razas sobre esta cuestión concreta, en este momento concreto y en este lugar concreto de la historia?». A la inversa, si la lucha de clases toma la forma de una lucha entre grupos atrapados en relaciones de explotación antagónicas a escala de la sociedad civil, ello también debe ser explicado. Después de todo, se trata solamente de una posible y quizá improbable organización de la lucha de clases. En cualquier caso, siempre nos enfrentamos a la cuestión de

tratar a la estructura concreta del conflicto político como una forma de emergencia. Esta es la razón por la que el análisis de clase nunca puede reducirse a una explicación sustantiva; es siempre también una posición metodológica que mantiene que la realidad nunca queda agotada por el hecho objetivo.

IO

Belleza/dolor. Se podría pensar que la mera belleza física del lugar, con sus impresionantes atardeceres en los que la luz se derrama sobre las colinas como oro líquido, con el inquietante cielo azul y sus deslumbrantes vistas del océano, haría que las cosas fueran más fáciles de soportar; en vez de ello parece como si la naturaleza se burlara de nuestro dolor.

II

Sociología. ¿Cuál es la relación entre la sociología y el marxismo? Para los parsonianos, o de manera más general para los teóricos de la modernización, categoría que en relación a esta cuestión incluye a la gran mayoría de los sociólogos, se trata de una relación de reemplazo. La sociología ha sustituido al marxismo de la misma manera que la ciencia sustituye a la religión en el sistema de Comte. Para el neomarxismo, siguiendo el camino trazado por Lukács en *La destrucción de la razón*, la sociología es, en realidad, una reacción frente al marxismo: una contraciencia totalizadora inducida por la teoría de su enemigo de clase. La sugerencia de Burawoy sobre esta conexión es interesante: la sociología debería considerarse en cierto modo como un corpus que encaja dentro del marxismo, pero la tesis requiere elaboración. El marxismo es fundamentalmente un análisis de la sucesión de modos de producción que se concentra de modo predominante en el capitalismo. Sin embargo, su sociología es, sin embargo, un producto tardío. Las clases y sus luchas son importantes principalmente porque proporcionan un mecanismo para la revolución. Pero la relación entre los grupos humanos «fenoménicos» respecto a los lugares básicos determinados por los modelos fundamentales de explotación en la sociedad es extraordinariamente difícil de especificar.

Las afirmaciones de Marx sobre la simplificación de la lucha de clases al hilo del desarrollo del capitalismo no podrían ser más engañosas. Fue

Gramsci quien percibió más claramente la cuestión fundamental. El desarrollo del capitalismo no condujo a la aparición de las clases en el ámbito de la política. Por el contrario, surgió un enorme nivel «superestructural» en toda regla completamente nuevo, que constituye un plano de experiencia inmediata formado por un calidoscópico torbellino de grupos. La realidad de la clase se desvanecía entonces detrás de esta pantalla de falso pluralismo, que constituía el mundo fenoménico lo social. (Nunca debemos olvidar que Gramsci es un intelectual específicamente posbernststeiniano y postsoreliano). La tarea de la política consiste, en primer lugar, en reorganizar este mundo experiencial/político como un mundo de clases: hacer que el ámbito «nouménico» de la estructura converja con el ámbito «fenoménico» de la sociedad civil. Entonces, ¿cuál es el lugar de la sociología y en qué sentido se sitúa en el seno del marxismo? Su tarea es el estudio de la sociedad civil como una configuración o forma particular de emergencia de las posiciones estructurales básicas en las relaciones de explotación del capitalismo; en ese sentido, el marxismo puede ser mejor comprendido, entre otras cosas, como la «autoconciencia» de la sociología en tanto que identifica las condiciones de posibilidad de la misma (la aparición de la sociedad civil como un nivel de la superestructura). Esto es cierto al margen de que los propios sociólogos, que como tribu son bastante hostiles hacia lo que ellos entienden por marxismo (al que generalmente solo consideran una teoría sustantiva dentro de la sociología), comprendan esta relación.

12

El sur. Recuerdo el extrañamente saludable olor del tabaco secándose en el viejo granero de Kentucky, donde la luz del sol se colaba entre las grietas de las tablas iluminando a medias las hojas colgadas de las vigas. Silencioso y con altos techos abovedados como la catedral de Chartres e igualmente sagrado como ella. Recuerdo esa dulce bebida marrón de sirope con limón que la abuela llamaba «té dulce». Recuerdo a Ransom, salvaje, libre y sonriente, que me animó –eso dice la tradición familiar– a comer una cebolla cruda recién sacada de la tierra para que desde entonces no me gusten las cebollas. Algunos años más tarde, después de que nos trasladáramos a Louisville desde Maddox Farm, recuerdo el pálido semblante de un hombre recogiendo a su hija –ella le detestaba– de mi escuela primaria. Eran los comienzos de la era Reagan y en aquel momento uno podía distinguir a un político, a un banquero o a un

vendedor de seguros por una característica de su atuendo: los pantalones *jackass*, de un color caqui poco entonado, eran ejemplo de complacencia y codicia. Este hombre era Mitch McConnell, el típico padre mediocre de cuello blanco, aunque sus feas camisas fueran normalmente azules, si la memoria no me falla; nosotros lamentábamos que Ellie tuviera que cargar con semejante padre. Resulta difícil imaginar una figura más fuera de lugar en Maddox Farm y, sin embargo, la mayoría votaba por él: lo opuesto a ellos mismos en todos los sentidos. Ese es el interrogante de la política rural en Estados Unidos. Lo podríamos expresar así: ¿cuándo producirán los blancos pobres un Bernie? No una copia barata como aquél intolerable baboso de Arkansas, sino un verdadero radical agrario, un Tom Watson antes de su siniestro giro. Quizá ya sea demasiado tarde, pero si la historia reciente nos ha enseñado algo es que la «cuestión agraria», la «cuestión meridional», o comoquiera que denominemos la «alianza entre la clase trabajadora y el campesinado» para que encaje en el momento actual, es de apremiante actualidad.

13

Práctica. Para los grandes teóricos de la Tercera Internacional (por encima de todos Gramsci), el partido, el Partido Comunista, tenía un significado intelectual que es difícil de comprender desde la perspectiva del periodo actual. Problemas que aparecen actualmente en las ciencias sociales como puramente metodológicos, como el de la interpretación (la relación existente entre las categorías científicas y las profanas), o el de la causalidad, fueron tratados por gente como Gramsci como problemas políticos. Por ejemplo, en Gramsci la interpretación aparece como el problema de cómo traducir el marxismo a un lenguaje popular de clase y, recíprocamente, cómo traducir el lenguaje popular de vuelta al marxismo. Esto es una cuestión política: es la cuestión de cómo desarrollar la conciencia de clase como conciencia de la clase. Igualmente, Gramsci trató la cuestión de la causalidad como una cuestión de estrategia revolucionaria. No verificaba las hipótesis mediante análisis de regresión, sino a través de la historia de los éxitos y fracasos de la estrategia del partido. (Por eso la historia de los partidos ocupaba un lugar tan importante para Gramsci). La gran ventaja intelectual de este planteamiento es que al convertir los rompecabezas metodológicos en problemas políticos, aquellos emergían en una forma solucionable, aunque de facto no se solucionaran. De esta experiencia histórica puede extraerse una

importante lección: todos, o la mayoría, de los problemas metodológicos de las ciencias sociales son en realidad problemas políticos planteados de una forma mistificada y por ello irresolubles. (Esto solo puede entenderse aquí como una invitación a su consideración). La conclusión, por muy paradójica que pueda parecer, es que las pretensiones científicas de la sociología y sus disciplinas afines solamente pueden realizarse en el contexto de la capacidad militante de la agencia política (el partido) capaz de comprobar las hipótesis que adelantan estas disciplinas. Lo podríamos expresar así: entre la observación y el experimento se encuentra el método general apropiado para las ciencias sociales: la política.

I4

Realidad. «En esta casa creemos que la ciencia es real». El cartel es ubicuo en los acomodados barrios progresistas alrededor de Bay Area y probablemente del país. ¿La paradoja es inconsciente? ¿No son conscientes quienes lo exhiben de la yuxtaposición discordante de creencia y ciencia, estando esta última actividad supuestamente definida por su independencia de la creencia? ¿O la posición es más sofisticada? Quizá lo que el cartel dice es que nosotros «en esta casa» somos conscientes de que la creencia en la realidad de la ciencia es una creencia entre muchas otras, pero elegimos creer en ella. En cualquier caso, parece haber resurgido con considerable fuerza política todo un conjunto de oposiciones simbólicas que gran parte de la teorización del siglo XX parecía inclinada a difuminar: hecho/opinión, religión/ciencia, subjetivo/objetivo. Pero, ¿cuál es la línea de demarcación entre estos términos? La pregunta rara vez se plantea, especialmente en debates sobre los medios de comunicación que lamentan el declive del periodismo basado en hechos y la expansión del periodismo de opinión.

Pero los hechos son afirmaciones sobre el estado de las cosas y como tales son falibles. A la inversa, las opiniones están, por su propia forma, basadas en una valoración de un asunto y por ello no pueden ser simplemente privadas o subjetivas. Una de las características de la cultura estadounidense, particularmente en el periodo actual, es, sin embargo, que los «hechos» y las «opiniones» se conciben como existentes en una oposición no mediada. Cada cual en su propia esfera. Esto conduce, por un lado, a la fetichización narcisista de las propias opiniones y, por otro, a la necia admiración por distintas clases de cuantificaciones. Las formas

concretas que adopta esta admiración son diversas y familiares: promedios de bateo, porcentajes de tiro, capacidades del depósito, índices de acciones y de citaciones. El eslabón perdido entre las dos es la racionalidad crítica, especialmente aplicada a la política. Ello implicaría la idea totalmente no-estadounidense de que las opiniones políticas propias podrían estar equivocadas, una afirmación que se interpreta como un error de categorización en la tierra de los libres.

15

La gente común. La posición de Alexandria Ocasio-Cortez sobre la reciente «embestida» de GameStop, ideada por un grupo de pequeños inversores organizados en un subsitio de Redit, ejemplifica algunas de las mayores debilidades del socialismo democrático al estilo estadounidense. La congresista criticó a Robinhood, la plataforma de transacciones *on line* que utilizaban estos inversores, por limitar las transacciones después de que surgiera la burbuja, evidentemente especulativa, que sobrevaloraba la agonizante cadena de tiendas GameStop. En un *tweet*, Ocasio-Cortez pedía una investigación sobre Robinhood, que recibía rápidamente el indeseado apoyo de Ted Cruz y Newt Gingrich. (Curiosamente, Elizabeth Warren tuvo una respuesta mucho más comedida citando los acontecimientos como evidencia de problemas sistémicos y pidiendo una mayor regulación del mercado de valores). ¿Qué es lo que explica la extraña reacción de Ocasio-Cortez ante los acontecimientos? En sus propias palabras, «la gente se sentía como si las personas comunes, colectivamente organizadas, fueran capaces de tomarse la revancha frente a los que históricamente tienen todas las cartas ganadoras en Wall Street».

Aquí los problemas son simultáneamente conceptuales y políticos. ¿Con la «gente común» se refiere al inversor multimillonario que fue uno de los creadores del plan? ¿Con lo de «colectivamente organizadas» quiere decir un plan para elevar artificialmente el valor de unas acciones que conducirá a la inevitable ruina de muchos pequeños inversionistas? Y qué decir sobre «los que históricamente tienen todas las cartas ganadoras», como si el problema fuera la distribución de las «cartas» y no el absurdo sistema de apuestas mediante el que se asignan considerables porciones del excedente social del país y realmente del mundo. La posición de Ocasio-Cortez no es idiosincrática, sino que expresa en realidad un problema más profundo: el marco básicamente legalista dentro del

que se mueve la nueva izquierda socialdemócrata estadounidense en su conjunto. Esta izquierda entiende que el defecto fundamental de la sociedad estadounidense es la desigualdad y la injusticia: poder monopolista, riqueza concentrada y un sistema político «amañado».

Todas esas ideas se concentran en el término «justicia social». El problema con este diagnóstico esencialmente forense es que todas sus demandas son perfectamente compatibles con la propiedad privada de los principales activos productivos de la sociedad y, más importante todavía, con la determinación privada de las decisiones de inversión de la misma. Para evitar enredos absurdos y falsas alianzas, la izquierda estadounidense debería hablar mucho menos sobre hacer que la sociedad sea más «justa» (una noción confusa y básicamente pequeñoburguesa) y mucho más sobre hacer que la sociedad sea más racional. Después de todo, ¿no es el objetivo de todo socialista serio la subordinación de los ciegos procesos de la segunda naturaleza, y quizá actualmente deberíamos añadir también la brutal venganza de la primera naturaleza, a la voluntad de la humanidad? ¿Cómo puede hacerse encajar la grandeza de este proyecto en el estrecho marco de la equidad? Es como meter una ballena azul en una pecera.

16

Enseñanza on line. Esto es extrañamente personal. El suave timbre, el coloreado panel algunas veces reemplazado por una cara y otras veces no. Se entrometen elementos de la vida doméstica (gatos, muñecas, vajilla sucia, ropa sin planchar), que normalmente quedan excluidos de la sala para seminarios o del aula. Se genera un relajamiento de la relación pedagógica para ambas partes. Los profesores y los estudiantes ahora se encuentran vinculados por el común reconocimiento de su absurda condición. «¿No he sido totalmente claro?». Un chat rectificará la situación creando un lazo nuevo y más informal con mis estudiantes. «¿Estuvieron un poco dubitativos y agarrotados?». Puede que solo haya sido una mala conexión o la incapacidad para separarse de la esfera íntima en la que siento que me estoy entrometiendo. La videoconferencia parece exigir una generosidad recíproca; quizá en sí misma no sea algo malo.

Pero puede que haya otra cara de toda esta «mezcla de esferas», por utilizar la expresión coloquial de una manera ligeramente diferente. Como

una experiencia de ruptura, o un supuesto negativo, arroja una intensa luz retrospectiva sobre las precondiciones y el propósito de la organización física de la enseñanza. Pensemos en el enorme trabajo existente detrás de la puntual copresencia de una clase: desplazamientos, organización de horarios, mantenimiento del edificio, provisión de servicios. Sin embargo, un minúsculo paquete de proteínas que se reproducen a sí mismas ha llevado todo esto a un punto muerto. Pero, ¿cuál es la cuestión? ¿Qué es una universidad como espacio físico para la enseñanza? (Las crisis obligan a afrontar las cuestiones realmente fundamentales). Es una gigantesca estructura diseñada para suspender temporalmente las determinaciones sociales a través de la creación de innumerables esferas públicas. Desde luego fracasa de incontables maneras, pero ese es el propósito de la copresencia. La amenaza más básica que plantea la instrucción mediada por el vídeo no es que haga que la comunicación con los estudiantes sea más difícil o distante; es que disuelve la frontera entre el mundo cotidiano y el mundo del pensamiento. La sala del seminario o el aula es una estructura material que mantiene esa frontera y como tal es una condición indispensable para que se despliegue el proceso racional-crítico. En resumen, la amenaza para la enseñanza que plantea el actual modelo tecnológicamente mediado no es que lleve a estudiantes e instructores a alejarse demasiado, sino que les lleva paradójicamente a estar demasiado juntos y, por así decirlo, de manera equivocada.